

UN MARINO ILUSTRE



El día que se renueve el entarimado de la iglesia de Santa María y se remueva la tierra de su piso, se hallará entre otros interesantes recuerdos fúnebres, un féretro que contendrá las iniciales P. A. de A.

El contenido que guarda serán los restos mortales de un insigne donostiarra, figura admirable, de quien nadie en el día se acuerda, ni sabe si existió, y que afortunadamente somos los primeros en dar á conocer á la actual generación.

Siempre es agradable y consolador hallar en las genealogías veneras que honran; congratulan á los linajes los hechos que popularizaron sus nombres; pero es más unánime y trascendental el recuerdo de aquel glorioso hijo que dejó feliz memoria de su paso por la vida, y más, cuando de su esclarecida historia participa el pueblo entero.

En estas circunstancias se halla el donostiarra P. A. de A.; que es el heroico marino Pablo Agustín de Aguirre, que después de una carrera á toda prueba extraordinaria y sorprendente, terminó sus días entre los muros de aquella Donostía, considerado, querido y venerado por todos sus paisanos.

El capitán Aguirre, descendiente de los solares de Aguirre-Andía de Gainza, fué varias veces diputado, pero dedicado á la carrera del mar, alcanzó renombre universal el año 1740 por lo que á continuación vamos á referir.

Con objeto de llevar á cabo una expedición oficial á América partió del Ferrol, el citado año, una escuadra compuesta de cuatro embarcaciones de alto porte bajo el mando del jefe José Pizarro.

Al segundo día de haber zarpado del puerto del Ferrol sufrió importantes averías el navío *Princesa* de setenta cañones, que navegaba bajo la dirección de su capitán D. Pablo Agustín de Aguirre.

A la desgraciada embarcación se le desarboló el mastelero de la gavia que al desencajarse desconcertó completamente el palo mayor.

Este inesperado accidente resultó irreparable en alta mar y el capitán Aguirre intentó arribar al punto de partida con objeto de reparar el percance.

En efecto, el capitán Aguirre puso proa con rumbo al Ferrol, pero no le fué posible alcanzar á su debido tiempo tierra á causa de los vientos contrarios y por la marejada que le sobrevenia del noroeste.

En esta situación, á la altura de la isla Cizarga y del cabo Ortegal, vióse sorprendido el marino donostiarra por tres navíos ingleses, el menor de setenta cañones, llamados el «Oxford», el «Kent» y el «Leonor», mandados, respectivamente, por lord Fitirs, lord Durr y lord Maine.

A las ocho de la mañana del día 19 de Abril de 1720, se acercaron los tres poderosos buques enemigos que, formándose en línea de combate, empezaron á descargar sobre el «Princesa» un continuado y vigoroso cañoneo, defendiéndose el barco español con asombro de las triplicadas fuerzas de la división británica.

El «Princesa» sufrió en los primeros momentos de la acometida la pérdida del mastelero de proa, pero á pesar de los repetidos efectos de la superioridad de fuerzas de los ingleses y de la extraordinaria desigualdad del combate, D. Pablo Agustín de Aguirre, aguantó con incomparable valor, demostrando su actitud pasmosa hasta las tres de la tarde, habiendo conseguido dejar fuera de combate al navío «Oxford» por haberle destrozado la quilla los tiros del «Princesa».

También consiguió el «Princesa» averiar al «Kent», de suerte que dos navíos ingleses estaban, si no deshechos, en bastante mal estado para continuar la lucha con el barco de Aguirre.

En vista del aspecto que iba tomando para los ingleses aquel combate celebraron los tres barcos, por medio de bocinas, consejo de guerra, resolviendo atacar al «Princesa», por el lado de popa, lo cual hicieron con ilimitada furia hasta la caída de la tarde.

Ya para entonces habían podido remediar los mayores destrozos de sus embarcaciones.

El blanco que del Princesa hizo la flota británica fué de lo más horrible, sus andanadas vomitaban sin cesar fuego y plomo certero sobre el navío español.

La tripulación del navío de Aguirre se mantenía sublime, el timón

del *Princesa* ya no podía maniobrar, toda la arboladura del barco español se había desgajado, no tenía aparejos, ni nada que hiciera mover al barco; como los tres navíos ingleses dirigían todos sus disparos contra la popa del *Princesa*, era para este imposible hacer ofensivos los tiros de sus costados.

Aguirre había apurado todos los extremos esfuerzos de su grandiosa resistencia, y llegó el momento supremo de echar á pique el *Princesa*, pero antes de ejecutarlo, quiso oír el parecer de su oficialidad, y por mayoría de votos, se resolvió rendirse á la bandera británica: el *Princesa*, ya no era más que una ruina, y ni municiones, ni absolutamente nada había á bordo que prestara algún alivio para alargar, por un instante, tan críticos momentos.

La oficialidad inglesa se apoderó del navío español, cuya cubierta estaba en condiciones tales, que el agua iba dominando á la embarcación española, la que se tuvo que reparar, para que no quedara sepultada en el mar.

La escuadra inglesa con los prisioneros españoles llegaron el 5 de Mayo á Plymouth, llevando remolcado al *Princesa*.

El capitán D. Pablo Agustín de Aguirre fué recibido con solemnidad régia así como toda su tripulación por la corte de Londres, en cuya capital causó general asombro la resistencia y coraje con que hicieron frente al empuje de la flota británica.

Al capitán Aguirre y á su oficialidad se les dispuso una magnífica casa de campo para que restablecieran su quebrantada salud.

Todos los heridos fueron cuidadosamente curados.

El capitán Aguirre, echaba en cara á los ingleses la poca importancia de aquel triunfo, pues maldita la valentía y gracia que tiene—decía el capitán donostierra—que siete hombres puedan á uno. Esa era la proporción de la batalla que habían sostenido.

El *Princesa* tuvo ciento cincuenta muertos, víctimas de los cañones enemigos y del escorbuto.

Al cabo de treinta y dos meses, en que España é Inglaterra llevaron á efecto canjes de prisioneros, llegó á España la heroica y diezmadada tripulación del *Princesa*.

Según dijo la Gaceta de Utrech de 16 de Mayo de 1740, los ingleses tuvieron en el ataque del *Princesa*, tres veces más bajas que los españoles.

Cuando llegó á conocimiento de Felipe V el comportamiento de

Aguirre, fué recibido por este monarca con todos los honores que á los héroes les pertenecen.

En premio á aquel servicio, el marino donostiarra fué ascendido á capitán de navío.

Sensible es que la ciudad de San Sebastián tenga olvidado á un hijo tan preclaro; á quien vivió tan venerado, y tan querido como Aguirre, sería una ingratitud que los donostiarras de hoy, herederos directos de aquellos que fueron amigos y admiradores del célebre marino le volviéramos á olvidar sin haber perpetuado el nombre de Aguirre en una calle, que es lo menos que puede hacerse por el personaje de este artículo.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

UNA SANTA

Allá junto al cristal de la reja
que recoge una luz fatigada
con la tosca labor entre manos
está siempre la pobre muchacha.

Todavía la fiebre traidora
que el pecho le abrasa,
no ha apagado del todo el risueño
carmin de su cara;
pero ya aquellas manos hermosas
que tenían contornos de estatua,
van tomando el color triste y mate
de la cera blanca.

A pesar de su horrible dolencia,
se esfuerza y trabaja
por ganarle el sustento dei día
á su madre anciana
y en las crisis violentas que á veces
de muerte la amagan,